

La luz de la Reina

Reinado 
de María

Lumen Reginae

N.20-DICIEMBRE 2021

**Si María está,
María triunfa.**

Victorias de María.

**Jesús, el deseado
de las naciones.**

Reinado de Cristo.

*“¡Qué grandeza la de María!
Dios, hecho Niño, necesitado de Ella.”*

(P. Rodrigo Molina)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 20
Diciembre 2021

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Contacta con nosotros en:



reinadodemaria.org/



facebook.com/Reinado-de-Maria



instagram.com/reinadodemaria



youtube.com/c/ReinadodeMar%C3%ADaRM

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

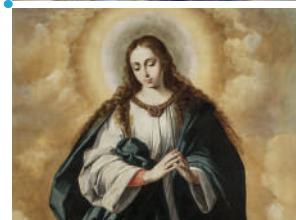
La Gran Promesa



07

ALMA MARIANA

La Inmaculada



08

VICTORIAS DE MARÍA

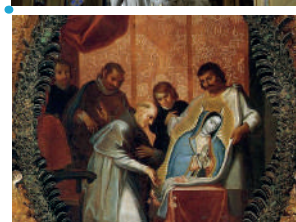
Si María está, María triunfa...



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

El confidente de Ntra. Sra. de Guadalupe



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

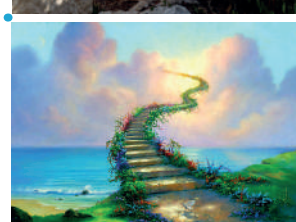
Llamada a esperar en Dios



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

María, nuestro camino seguro



16

REINADO DE CRISTO

Jesús, el Deseado de las naciones



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

La misericordia de Dios



Un Niño nos ha nacido

GRACIAS AL SÍ DE LA INMACULADA

Entramos en diciembre, un mes entrañable para los hijos amantes de Jesús y de María.

La Virgen es Inmaculada desde su Concepción, o sea, que desde el origen de su existencia está exenta del pecado original, y da a Dios un SÍ pleno. Todas sus prerrogativas le han sido otorgadas en función de la Maternidad Divina: para ser Toda Pura, Llena de gracia, digna de recibir en su seno al Hijo de Dios.

Gracias a este SÍ de la Inmaculada, que se lee en el Evangelio de este día magno, podemos tener a Jesús Niño en Belén.

“Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado”, canta el profeta Isaías, llamado también “el quinto evangelio” por tantas referencias mesiánicas que se cumplen en el Nuevo Testamento.

Este Niño Salvador, lleno de los dones del Espíritu Santo, viene a nosotros, a ti, a mí. Es momento de preparar con la familia el Nacimiento en casa. Pero, sobre todo, su Nacimiento en nuestro corazón.

¿QUIÉN MEJOR QUE SANTA MARÍA Y SAN JOSÉ PARA PREPARAR NUESTRA ALMA?

Aunque estemos sucios, como ese pobre portalico de Belén, que es-



taría lleno de las pulgas y garrapatas del ganado, pidamos desde la Novena de la Inmaculada, que con José y María hagamos un buen barrido en nuestra conciencia. Que nos desinfestemos por dentro, tanto o más como nos preocupamos de desinfestarnos de los virus por fuera.

De la mano de nuestra Madre preparemos en este Adviento una buena confesión. Pidamos al Es-

píritu Santo que nos ilumine para que esta Navidad sea diferente, llena de la luz de la FE, plena con el SÍ que el Señor espera de nosotros. Y el Niño Dios vendrá muy a gusto a nuestra alma en gracia (sin suciedad), adornada y bella con sus virtudes más queridas: humildad, caridad, confianza, oración.

Que nuestra buena Madre nos lo conceda.

La Gran Promesa

PONTEVEDRA, 10 DE DICIEMBRE DE 1925

La devoción de los Primeros Sábados

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

La Virgen prometió, el 13 de julio de 1917, venir a pedir la devoción reparadora de los Cinco Primeros Sábados como garantía de salvación y como condición salvadora de un mundo que se debatía bajo la terrible opresión del comunismo marxista que, precisamente en ese año, se implantaba en Rusia. Esa Promesa la cumple la Virgen María apareciéndose a la Hermana María Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado, la vidente de Fátima, cuando ésta realizaba su postulante para la vida religiosa, el 10 de diciembre de 1925, en Pontevedra (España).

El mensaje se conoce como La Gran Promesa. Ella nos lo cuenta así:

«Era el día 10 de diciembre de 1925. Estaba en mi habitación cuando, de repente, se ilumina; era la luz de la querida Madre del Cielo que venía con Jesús Niño en una nube luminosa. Nuestra Señora, como queriéndome infundir coraje, me pone dulcemente su mano maternal en el hombro derecho, mostrándome al mismo tiempo Su Corazón Inmaculado que trae en la otra mano, rodeado de espinas; el Niño Jesús me dice: “Ten compasión del Corazón de tu Madre Santísima que está cubierto de espinas que los hombres in-



gratos en todo momento le clavan, sin haber quién haga un acto de reparación para arrancárselas”.

Enseguida dijo Nuestra Señora: “Mira, hija mía, Mi Corazón rodeado de espinas que los hombres ingratos continuamente me clavan con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y di a todos aquellos que durante cinco meses, en el Primer Sábado, se confiesen, recibiendo la Sagrada Comunión, recen el Santo Rosario y me hagan quince minutos de compañía, meditando los Misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, que YO PROMETO ASISTIRLES EN LA HORA DE LA MUERTE CON TODAS LAS GRACIAS NECESARIAS PARA LA SALVACIÓN DE SUS ALMAS”.

Después de esta gracia, ¿cómo podría yo substraerme al mínimo sacrificio que Dios quisiese pedirme? Para consolar el Corazón de mi querida Madre del Cielo, contenta apuraría las gotas del cáliz más amargo».

Esta queja del Corazón de la Madre, hecha a su confidente, no fue destinada a ella solamente; a través de ella, es una petición maternal a cada hijo que la quiera escuchar y practicar. Nuestra Señora lanza una escalera más de salvación a sus hijos, cada vez más hundidos en los abismos del pecado, para ayudarles a vivir en la gracia de Dios.

“... di a todos aquellos que durante cinco meses, en el Primer Sábado, se confiesen, recibiendo la Sagrada Comunión, recen el Santo Rosario y me hagan quince minutos de compañía, meditando los Misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, que Yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas”. (Palabras de Santa María)

Es una nueva invitación a la conversión. Una queja de Madre que estremece, pues teme el peligro para el hijo y le enseña con paciencia a recorrer el camino más seguro.

Es de esperar que, quien durante cinco meses seguidos se acerque a la confesión sacramental para, en estado de gracia, recibir la Sagrada Comunión y rece el Santo Rosario con la meditación de uno o más Misterios del Rosario, mirando a la Madre, se vaya enamorando de María. Lentamente va creciendo en su interior el deseo de vivir todo el mes y todos los días en espíritu de Primer Sábado, es decir, en ascesis y conversión, evitando el pecado. En el corazón de quien practica esta devoción, por el hecho de mirar detenidamente a María, nace inevitablemente el deseo de ser como Ella, agradable al Padre, imitando a Jesús. Entonces desaparece la sola utilidad en el beneficio de la Promesa para sentir una exigencia interior de vivir así, pasando a ser la vida un acto de reparación al Corazón de la Madre, una vida agradable a los ojos de Dios.

He ahí la razón del porqué María visitó a sus hijos:

Quiso señalarles el camino de la felicidad, enseñarles a ser libres. Y el hombre es tanto más libre y feliz, cuanto mayor sea en su vida la ausencia de pecado. Existe en el corazón de cada ser humano el deseo innato de ser feliz. ¿Quién no lo siente? ¡Pero, cuántos engaños en la búsqueda de la felicidad! Se confunde la felicidad con el placer y el amor con la pasión fugaz. Y cuanto más el corazón intenta agarrar los fuegos fatuos de esa fantasía loca, más se vacía y más hambriento se encuentra. Por eso viene la voz suave y solícita de María a indicarnos la fuente de la felicidad tan deseada. Y cada uno que la descubre puede exclamar con San Agustín: «Nos creaste para Ti, Señor, y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descanse en ti» (Confesiones I, 1).



Capilla de la aparición (Pontevedra)

¿Cómo cumplir la devoción de los primeros sábados?

Siempre con la intención de desagraviar al Inmaculado Corazón de María, el Primer Sábado de cada mes, durante cinco meses seguidos, nuestra Madre nos pide:

1 La confesión sacramental (puede ser ocho días antes o después del primer sábado).



2 La comunión reparadora (por supuesto, en estado de gracia).



3 El rezo del Santo Rosario meditando durante quince minutos en los misterios. Se puede meditar en todos, o en alguno de ellos. Esto puede hacerse de varias maneras: intercalando entre los misterios unos minutos de meditación, los cuales, todos juntos, formen ese espacio de quince minutos; o, aparte del Rosario, haciendo una meditación dirigida por otro o hecha personalmente de esa duración. Con esta meditación, exigida como condición, la Virgen María ha hecho una llamada maternal a sus hijos para que no se contenten con honrarla solo con los labios, sino también con el corazón.



¿Cuál es el motivo de haber escogido la Virgen los Cinco Primeros Sábados?

Se lo reveló a la Hermana Lucía de esta manera:

«Hija mía, el motivo es sencillo: cinco son las clases de ofensas y blasfemias proferidas contra el Inmaculado Corazón de María:

Primera: Las blasfemias contra la Inmaculada Concepción.

Segunda: Contra su Virginidad.

Tercera: Contra la Maternidad divina, rehusando al mismo tiempo recibirla como Madre de los hombres.

Cuarta: El tratar de infundir públicamente en el corazón de los niños la indiferencia, el desprecio y hasta el odio para con esta Inmaculada Madre.

Quinta: Los ultrajes dirigidos a Ella en sus sagradas imágenes.

He aquí por qué ante este Inmaculado Corazón ultrajado se movió mi misericordia a pedir esta pequeña reparación y, en atención a ella, a conceder el perdón a las almas».

¡Seamos consuelo de La que no tiene consuelo! ¿De qué manera? No se aparte nuestra mirada de nuestra Madre bendita, la que vivió solo para Jesús, en comunión personal, íntima con Él. Debe ser María modelo de nuestro amor a Dios y al hermano.

¿Podemos, acaso, tú y yo amar y entregarnos de igual manera? El corazón humano de María pudo hacerlo. Tú y yo tenemos su propio Corazón como un escalón hacia Jesús. Con el ejemplo de la Santa Madre de Dios, no solo sabemos que podemos amar a Cristo, sino que debemos amarle así porque la tenemos a Ella misma como intercesora.

Corazón generoso y tierno, como por naturaleza es el corazón de toda mujer que es madre, el de María nos inspira profundamente. Digámosle: ¡Madre, haz mi corazón semejante al vuestro! O mejor, pidámosle su Corazón Inmaculado para que podamos amar nosotros con su propio Corazón: Inmaculado, limpio, sencillo, dócil, disponible, trabajador, caritativo, sacrificado y sufrido, muy sufrido, con un dolor almacenado en la recámara interior, custodiado por un silencio solo conocido de Dios.

¡Poderoso Corazón el de María que puede convertir nuestro egoísmo y amor propio!

La Inmaculada

La Inmaculada es como una irradiación de luz, una explosión de la luz de Dios desde el momento de su concepción. Es la llena de gracia. La purísima.

La toda de Dios. La manifestación, el reflejo nítido del poder omnipotente del mismo Dios. Con San Maximiliano podríamos preguntarle: «*Oh Inmaculada, dime ¿quién eres?*».

Sobre Ella nos dice el P. Molina:

«María Inmaculada es decir triunfo de Dios. Un triunfo de Dios completo, eso es María. Fue esta una obra tan sobre espléndida que le hizo exclamar a Dios: “Y vio Dios que todo estaba muy bien hecho”. Ante María, Dios exclama: “Toda Ella está muy bien hecha”; y “hermosa eres amada mía, encantadora, retira de Mí tus ojos porque me subyugan (es decir, me fascinan, me hieren, me asaltan, me vigorizan, me alientan). Una es mi paloma, única mi perfecta, mi pura, mi tersa, mi límpida, mi nítida, mi cristalina, mi intacta, mi elegante... Única es ella..., la preferida, la favorita”. La vieron (los santos) y exclamaron: “¿Quién es Ésta que surge resplandeciente cual la aurora, hermosa cual la luna, deslumbradora como el sol, (espléndidamente bella), imponente como batallones?” (Ct. 6, 4).

María Inmaculada es la sin rastro de huella alguna de pecado actual u original. La sin rastro de huella alguna de carencia indebida de adhesión a Dios. En cuanto Inmaculada, todo lo que es y tiene es semejanza de Dios. No se encuentra en Ella ni el menor modo de entender y pensar diverso del de Dios; ni el menor modo de querer diverso del de Dios; ni el menor modo de sentir diverso del de Dios. No se encuentra en Ella el menor alejamiento de Dios. La Inmaculada es pleno triunfo sobre el pecado. Ella es perfecto eco de Dios.

Ama e imita siempre a la Inmaculada, la que confió plenamente en el Señor y pudo así concebir creyendo, alimentar esperando y llevar a su plenitud amando, hasta conmorir, a ese Jesús Autor de la Vida por Dueño y Señor de la Vida».



Inmaculada (Murillo)



Nuestra Señora de las Victorias
SI MARÍA ESTÁ, MARÍA TRIUNFA...

En la Parroquia de Nuestra Señora de las Victorias de París, se promovió, por inspiración divina, la consagración al Inmaculado Corazón de María en 1836. Y esa parroquia de María fue la primera sede donde se instauró la adoración nocturna al Santísimo Sacramento el 6 de diciembre de 1848.

Es que, si María está, María triunfa. Y el triunfo de María es el triunfo de Jesús.

Durante la Revolución Francesa profanaron el templo instalando allí la bolsa de valores. Entre 1800 y 1809 la iglesia pudo ser erigida nuevamente en parroquia. Pero, ubicada en un barrio de negocios y a causa del abandono de la fe, había muy pocos feligreses. La iglesia estaba abierta, pero los corazones estaban muy lejos de Dios.

En esas circunstancias, el 27 de agosto de 1832, el P. Carlos Eléonor des Genettes fue nombrado párroco de Nuestra Señora de las Victorias. A la Misa dominical solo asistían cuatro personas.

Cuatro años y medio soportó el párroco esta tortura espiritual. Deprimido por la esterilidad de su ministerio, pensaba incluso presentar su renuncia al Obispo.

Así se encontraba el sacerdote cuando el 3 de diciembre de 1836, mientras celebraba la Santa Misa en el altar de la iglesia de Nuestra Señora, **escuchó muy claramente en dos ocasiones unas palabras que se le pronunciaron con gran solemnidad en el fondo de su alma: «Consagra**

tu parroquia al Santísimo e Inmaculado Corazón de María».

Pensó que la mejor forma de llevar esto a cabo era establecer una asociación religiosa con oraciones específicas, reuniones y normas. En ocho días, el P. Genettes tenía los estatutos escritos y aprobados por el Arzobispo de París. Entonces, el domingo 11 de diciembre anunció que por la tarde empezarían las oraciones para pedir la conversión de los pecadores a través de la intercesión del Inmaculado Corazón de María.

Solo diez hombres habían asistido a la Misa y oído el anuncio, pero la Virgen María tenía su plan. A las siete de la tarde, la hora anunciada, entre cuatrocientas y quinientas personas se presentaron en la iglesia. Todos estaban estupefactos, pues durante años no se veía a más de diez.

El P. Genettes todavía pidió a la Virgen una señal: la conversión del anticlerical señor Joly, último ministro de Luis XVI. Con ochenta años, ciego y enfermo, había renunciado a la religión. El 12 de diciembre se dirigió a su casa. Apenas habían intercambiado unas palabras cuando el anciano pidió al sacerdote que lo bendijera. Y exclamó: *«¡Su visita me está haciendo tanto bien,*

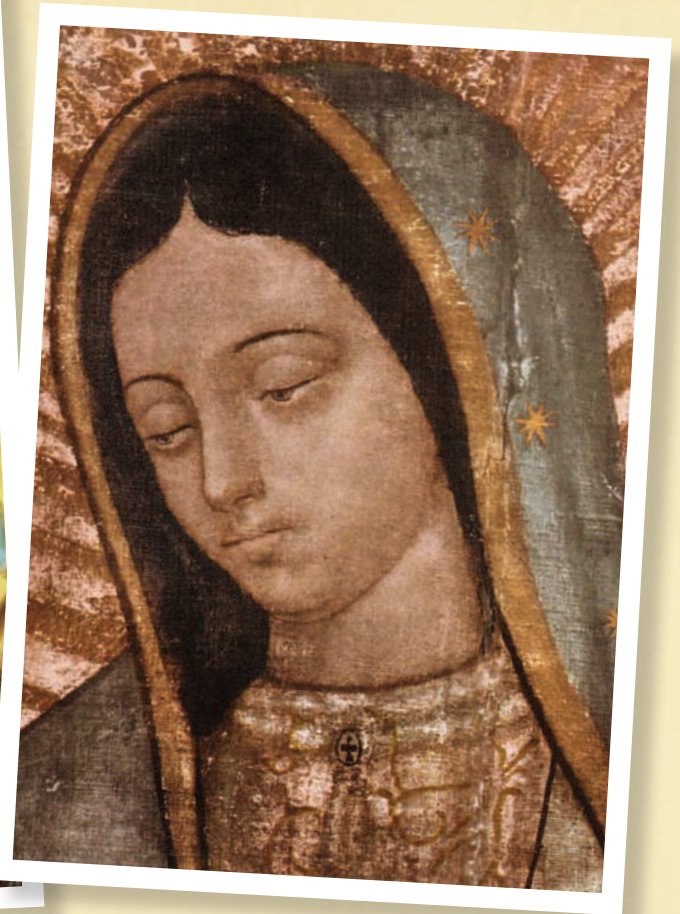
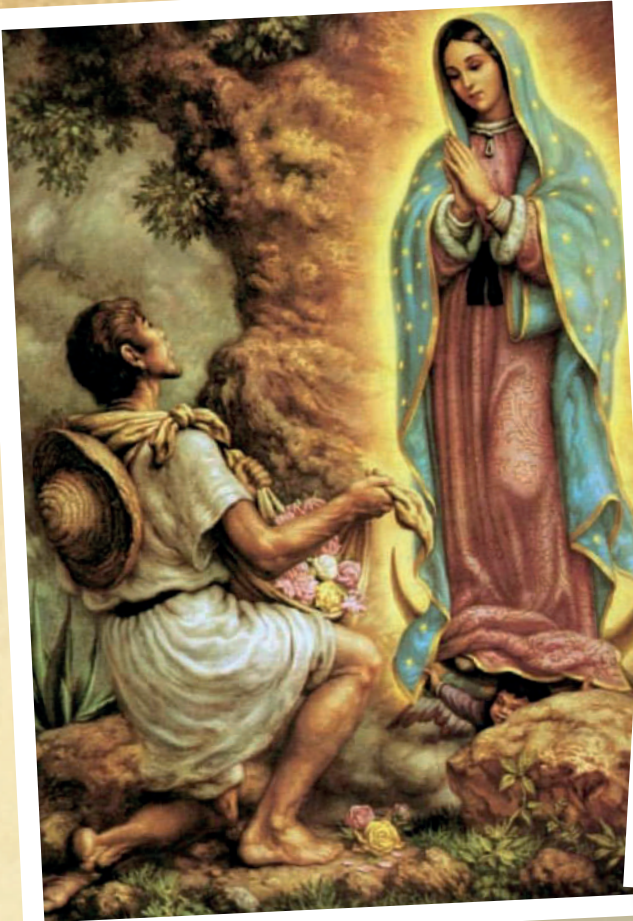


Papa Gregorio XVI

Padre! No le puedo ver, pero desde que entró a mi cuarto sentí una paz y felicidad que nunca antes había experimentado». El padre le preguntó si quería confesarse, a lo que asintió inmediatamente.

La pequeña asociación, que comenzó como un medio para levantar una parroquia pobre, llegó a convertirse en una organización espiritual con afiliados por todo el mundo. El Papa Gregorio XVI erigió allí la Archicofradía del Santísimo e Inmaculado Corazón de María para la conversión de los pecadores. A Nuestra Señora de las Victorias atribuyó Santa Teresita de Lisieux «el milagro» de su curación.

Erigida como basílica en 1927, Nuestra Señora de las Victorias acoge a todos los que se postran a sus pies para consagrarse a su Inmaculado Corazón. Ella es refugio y fortaleza de todos y nos ayuda en el camino de la conversión del corazón.



San Juan Diego Cuauhtlatoatzin

EL CONFIDENTE DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

*«Deseo vivamente que se me erija aquí un templo para en él mostrar y pro-
digar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos los moradores de
esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen».*

Juan Diego nació en Cuauhtitlán, perteneciente al reino de Texcoco, México, hacia el año 1474. De la etnia chichimecas, humilde, obediente y generoso, no dudaba en recorrer 20 km. todos los sábados y domingos para asistir a la Santa Misa y profundizar en «*las cosas de Dios que les enseñaban sus amados sacerdotes*». Tuvo la gracia de que su esposa María Lucía compartiera con él su fe y ambos vivieron en perfecta virginidad.

Cuatro apariciones, los días 9, 10, 11 y 12 de diciembre de 1531, sellan las sublimes conversaciones que tuvieron lugar entre la Madre de Dios y Juan Diego, que tenía entonces cincuenta y siete años.

Lo escogió María para que en nombre suyo “negociara” con el Obispo Zumárraga la “*casita pequeña*”, en la que quería, como Madre cariñosa, disponer de un lugar acogedor, para acercarse a sus hijos y recibirlos

cuantas veces La quisieran visitar: *«Deseo vivamente que se me erija aquí un templo para en él mostrar y prodigar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen».*

Fueron cuatro días de enojosas idas y venidas, antesalas y rechazos que superó con admirable tenacidad, desconcertado por la incredulidad de los hombres, pero confortado a la vez por la palabra “*blanda y cortés*” y por la mirada dulce y fortificante de su Madre. Sentía tan hermosa a “*la más pequeña de sus hijas*”, que sobrellevó todas las dificultades, hasta que vio por fin al señor Obispo, de rodillas ante su pobre tilma, magnificada por el retrato de la siempre Virgen Santa María, “*Madre del verdadero Dios por quien se vive*”.

El señor Obispo pidió una prueba; la Virgen se la envió: rosas fragantes del invierno en el estéril Tepeyac y, sobre todo, un retrato que “ningún hombre pintó”, sobre una burda tela de hilos de maguey que, aunque se deshace y acaba en veinte

años; éste ya lleva 490 y sigue entero, a pesar de tanto como han hecho para destruirlo.

En sus relaciones con Nuestra Señora, la siempre Virgen Santa María de Guadalupe, Juan Diego se mostraba confiado como un niño. Por su parte, la Virgen le confió el afecto que le mueve hacia nosotros, cuando él huía de Ella por ayudar a su tío moribundo:

«POR FAVOR, PRESTA ATENCIÓN A ESTO, OJALÁ QUE QUEDE MUY GRABADO EN TU CORAZÓN, HIJO MÍO EL MÁS QUERIDO:

NO ES NADA LO QUE TE ASUSTA Y AFLIGE, QUE NO SE ALTERE TU ROSTRO, TU CORAZÓN. POR FAVOR, NO TEMAS ESTA ENFERMEDAD, NI OTRA ALGUNA ENFERMEDAD Y ANGUSTIA.

¿ACASO NO ESTOY YO AQUÍ QUE SOY TU MADRE? ¿ACASO NO ESTÁS BAJO MI SOMBRA, BAJO MI AMPARO? ¿ACASO NO SOY YO LA FUENTE DE TU ALEGRÍA? ¿NO ESTÁS ACASO EN MI REGAZO, EN EL CRUCE DE MIS BRAZOS?

¿Por ventura aún tienes necesidad de cosa otra alguna? Por favor, que ya ninguna otra cosa te angustie, te perturbe, ojalá que no te angustie la enfermedad de tu honorable tío, de ninguna manera morirá ahora por ella. Te doy la plena seguridad de que ya sanó».

Después de las apariciones, y con autorización del señor Obispo, Juan Diego construyó una ermita cerca del templo para servir todo el tiempo a la Señora del Cielo.

Murió el 30 de mayo de 1548, después de haber pasado dieciséis años sirviendo en el templo a la Madre de Dios, consagrando su vida a la oración, a la penitencia, a recibir a los numerosos peregrinos. Tenía setenta y cuatro de edad. Nuestra bendita Señora de Guadalupe, con su precioso Hijo, llevó su alma a donde disfruta de su presencia en la Gloria celestial.

San Juan Pablo II lo llamó «*confidente de la dulce Señora del Tepeyac*», confirmó su culto el 6 de mayo de 1990 y lo canonizó el 31 de julio de 2002.

«¡Amado Juan Diego, enséñanos el camino que lleva a la Virgen Morena del Tepeyac para que Ella nos reciba en lo íntimo de su Corazón, pues Ella es la Madre amorosa y compasiva que nos guía hasta el verdadero Dios!». (San Juan Pablo II)

Llamada a esperar en Dios

DIOS MÍO, YO ESPERO...

El Ángel educa a los Pastorcitos en la virtud de la esperanza. Los niños pasaban horas, de rodillas, repitiendo la oración: «Yo creo, adoro, espero y os amo...».

LA ESPERANZA CRISTIANA:

La esperanza cristiana es una virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo.

Toda nuestra esperanza se apoya en el Señor, el único Dios verdadero que nos creó

con amor eterno y nos redimió, enviando a su propio Hijo, Jesucristo, que padeció y murió por nuestra salvación y que ha subido al cielo a prepararnos un lugar, porque donde Él está, quiere que estemos nosotros, sus hermanos: «No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas, si no, os lo hubiera dicho, porque voy a prepararos un lugar; y cuando haya marchado y os haya preparado un lugar,

de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde Yo estoy, estéis también vosotros» (Jn 14, 1-3).

Jesús nos asegura que tenemos un lugar en el Cielo si queremos seguir su camino, el camino que Él nos trazó con su palabra y con sus ejemplos, el camino que es Él mismo: *«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por Mí. [...] Porque quien me ve a Mí, ve al Padre» (Jn 14, 6-9).* Es en esta identificación de nuestra vida con la vida de Cristo, vida de expiación por nuestros pecados, por la que nuestra esperanza se afirma y fortalece.

EL FUNDAMENTO DE
NUESTRA ESPERANZA ES
QUE DIOS ES BUENO:

Esperar en Dios es confiar en Él, poner nuestra seguridad en Él, centrarlo todo en Él para esperarlo todo de Él. *«Si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo» (2Tm 2, 13).*

Dios es un Dios leal que en sus promesas no se vuelve nunca atrás, es irreversible, da confianza, infunde garantía, convence.

Estar bajo la mirada de Dios omnipotente, omnisciente y amante, que todo lo abarca, es estar defendido y protegido plenamente de todo cuanto pueda socavar la felicidad.

La esperanza y confianza en Dios establece en nosotros relaciones necesarias y obligatorias para con Él: debemos creer que Dios es remunerador, esto es, que dará según su justicia a cada uno lo que merece y, por eso, con la esperanza, esperamos y confiemos en que Dios nos salvará, que nos dará gracia suficiente para ello y, en fin, nos concederá cuanto le pidamos si así conviene.

PODEMOS PECAR CONTRA LA ESPERANZA POR EXCESO Y POR DEFECTO:

Por exceso se falta cuando se abusa de la confianza y creemos que, aunque nosotros no hagamos nada de nuestra parte, aunque no trabajemos ni nos esforcemos ni cooperemos a la obra de nuestra santificación con la gracia divina, Dios, que es tan bueno..., ya nos salvará y nos dará todo lo que necesitamos. Se trata de un abuso que constituye el pecado de tentar a Dios. Con cuánta razón decía el Apóstol: *«El que está en pie, mire no caiga» (1Co 10, 12).* Pero el otro extremo tampoco es grato a Dios. Y ocurre cuando, a consecuencia de esta desconfianza propia, caemos en la desesperación, la desilusión, el desaliento que mata toda actividad y ata nuestras manos para que no trabajen ya más. Cierto: Si me miro a mí solo, puedo encontrar una gran desconfianza...;

pero, si miro a Dios, ¿cómo no he de alentarme con una confianza segura y una esperanza dulcísima?

CONTEMPEMOS A
MARÍA PARA EJERCITARNOS
EN ESTA VIRTUD:

Quizá tenemos gran confianza, y esto es muy corriente cuando todo sale bien, pero cuando las tribulaciones y disgustos nos cercan por todas partes, ¿es el tedio, la tristeza, la desganancia, en fin, la desconfianza la que nos domina?

Levantemos los ojos, miremos siempre a Jesús con nosotros, a María, nuestra Madre, que no nos abandona en la prueba, y lancémonos confiadamente a cumplir con nuestro deber, sin retroceder jamás, una mirada a María y siempre adelante: *«No temas, mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios».*



MARÍA, NUESTRO

Camino Seguro

PARA LLEGAR A DIOS

Todos queremos seguridades, a nivel natural, como seguros de vida, de trabajo, de enfermedad, de accidentes. Igual en la familia, amistades...

¿Pero tenemos la mirada que da la Fe, que nos muestra nuestra verdadera Vida: la que nos espera en Dios? Si somos aves de paso, lo lógico es también esforzarnos, invertir en lo que nos asegure el Cielo. Es vital.

El mismo mes (junio de 1917) en que Nuestra Señora del Rosario en Fátima muestra su Corazón, también le dice a Lucía:

“¿Y tú sufres mucho? No te desanimes. Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios”.

A quien quiere practicar el Tratado de la Verdadera Devoción a María, según San Luis María de Montfort, le habrá llamado la atención las afirmaciones del Santo acerca de las maravillosas ventajas de la devoción que predica, a saber, que es: *“el camino fácil, corto, perfecto y seguro para llegar a la unión con Nuestro Señor, en la que consiste la perfección del cristiano”* (VD, N° 152).

Después, el Santo sigue explicando cada una de estas características, tan consoladoras para los pequeños hijos de la Señora.



HOY NOS QUEREMOS
CENTRAR EN UNO:
ES CAMINO SEGURO.

“Esta devoción es un medio seguro para ir a Jesucristo. Efectivamente, el oficio de la Santísima Virgen es conducirnos con toda seguridad a Jesucristo, así como el de éste es llevarnos al Padre eterno con toda seguridad...” (Nº 164).

¿Cómo no elegir a Santa María como nuestro camino? Es seguro. Como Jesús vino al mundo por María, así quiere que nosotros vayamos a Jesús por medio de Ella.

Dios al mirar a la tierra, vio que lo más seguro para enviar a su Hijo era la Virgen María. Dios quiso confiar a la Inmaculada Virgen la Encarnación del Verbo, educarlo, ser su Ayuda adecuada en nuestra Redención. Así nosotros, los redimidos, tenemos derecho a que Ella sea nuestra Madre, Refugio, y Camino para ir a Jesús y al seno de la Santísima Trinidad.

El pecado es ingratitud, traición, ofensa a nuestro Padre. Santa María es purísima, sin el menor pecado, y nos ayudará a desterrarlo de nosotros y agradecer a Dios. Nos llevará a su Encuentro. ¡Ella es nuestro mejor ‘seguro’ de Vida eterna! No temamos, pues. Confíemos en nuestra querida Madre.

Santa María es así nuestro camino seguro para salvarnos, y aún para santificarnos.

Así lo testimonian los santos:

La Venerable Teresita González-Quevedo, carmelita de la caridad muerta en olor de santidad a los 19 años, se santificó en las obras ordinarias de una joven, por su vida de unión con María. Dios le hizo compren-

der que el camino más fácil y seguro de llegarse a Él era por su Madre Santísima. Teresita, enamorada, ‘chiflada’ por esta bendita Madre, jamás se separó de su presencia:

“Como una buena hija, debo estar enamorada de mi Madre. Estoy segura de que la Virgen me llevará al Cielo por lo mucho que la he amado.

El caminito de Santa Teresita me gusta mucho, pero para mí ese camino tiene que ser a través de la Virgen.

Yo procuro trabajar, y después le digo a la Virgen: ‘Madre mía, suple tú todas mis faltas’, y ya me quedo tranquila, pues Ella lo hace mejor que yo. También Vd., cuando no haga una cosa bien del todo, désela a la Virgen, y Ella la preparará, adornará, etc., para presentársela a su Hijo.

La Virgen nos tiene que hacer santas. Ella es la tesorera de las gracias que necesitamos; estoy segura que nos las concederá.

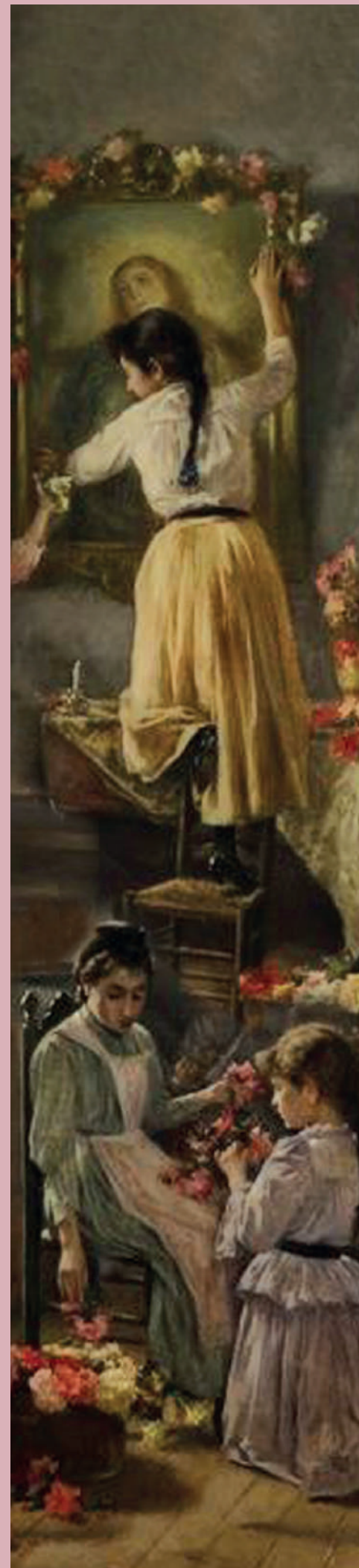
El consuelo que ahora tengo (antes de morir) es el no haber dejado pasar ningún día sin esforzarme por amarla”.

Confíemos plenamente, heroicamente en la Virgen. Como diría la M. M^a Teresa De Simone:

“La devoción a María: quita del alma todo escrúpulo y temor servil; ensancha el corazón con una santa confianza en Dios; e inspira un amor tierno y filial a Ella”.

La seguridad viene de confiar en Dios, en nuestra bendita Madre, que es Mediadora de todas las gracias.

Todos los bienes nos vendrán por María.





TIEMPO DE ADVIENTO

Jesús, el Deseado de las naciones

«**P**ondré enemistades entre ti, oh serpiente, y la mujer; entre tu linaje y el suyo. Él, el linaje de la mujer, te quebrantará la cabeza, y tú le morderás a Él el calcañar» (Gn 3, 15). ¿Quién es la mujer a quien Dios se refiere? María, la Madre del Salvador. ¿Quién es el linaje de esa mujer? Jesucristo, el Redentor del mundo, el Hijo de la Virgen.

MARÍA ES UNA ESTRELLA DE ESPERANZA QUE DIOS ENCENDIÓ EN EL MISMO MOMENTO EN QUE LA NOCHE DEL PECADO ENVOLVIÓ A LA HUMANIDAD.

Y con María, la promesa del Redentor. No podemos hallar a Jesús separado de su Madre. Por eso, permitiendo que la Madre reine en nuestros corazones, adelantamos la venida del Reinado de Cristo, el Señor.

Mirando esa estrella se consolaban las almas santas que vivieron antes de la redención esperando el cumplimiento de las promesas divinas.

«*Deseado de las gentes*» llamó a Jesús el profeta Ageo, y con razón (Ag 2, 6-7).

Cuando Jacob en su lecho de muerte convocó en torno suyo a sus doce hijos, dirigiéndose a Judá le dijo: «*De ti nacerá el que ha de ser enviado, la esperanza de las naciones*» (Gn 49, 10).

En la esplendidez de su palacio, el Rey David contempla, con claridades proféticas que parecen realidad, al futuro libertador. Es el Mesías, el Cristo, el Señor engendrado en el seno de Dios antes de la aurora. Lo ve encarnarse y sufrir y resucitar y triunfar de sus enemigos y dilatar su imperio hasta los últimos confines de la tierra y sentar a su mesa a los pueblos de todas las regiones; y arde en ansias de contemplarle: «*Tú, que te asientas sobre los querubines, manifiéstate delante de Efraín y de Benjamín*

y de Manasés. Ostenta tu poder y ven a salvarnos» (Sal 79, 1-2).

Isaías, el profeta de la divina misericordia, contempla como una realidad palpitante al Mesías nacido de una virgen (cf. Is 7, 14). Sabe su nombre que es Admirable consejero, Dios Fuerte, Padre del Siglo Futuro, Príncipe de la paz... (cf. Is 9,6). Dibuja su retrato, el del siervo del Señor, el del varón de dolores sacrificado por los pecados de su pueblo (cf. Is 53, 3-10).

En el Reino feliz que Él establezca, el lobo habitará con el cordero; y el tigre se echará junto al cabrito; y las naciones forjarán arados con las espadas y hoces con las lanzas (cf. Is 11, 6-9). El Señor vendará las heridas de su pueblo y le curará las llagas abiertas (cf. Is 30, 26); y el pueblo reposará en mansión de paz y en tabernáculo de seguridad en el descanso de la opulencia (cf. Is 32, 17).

Ante esta visión, el profeta levanta las manos al cielo y exclama: «*Oh nubes, derramad vuestro rocío; oh cielos, lloved al justo. Que se abra la tierra y brote al Salvador y con él nazca la justicia*» (Is 45, 8).

«*¡Oh cuán hermosos son los pies del que anuncia y predica la paz sobre los montes de Israel, del que anuncia la salud y dice a Sión: ¡Reinará pronto el Dios tuyo y tú reinarás con él! ... Dios mismo en persona vendrá y os salvará*» (Is. 52, 7).

Cuando años después ese pueblo israelita llora en las cadenas del cautiverio babilónico, el profeta

Daniel recoge todas esas esperanzas y las aviva más todavía con el anuncio de la próxima venida: setenta semanas nada más y se cumplirá la visión y la profecía y será ungido el Santo de los santos (cf. Dn 9, 24).

Y cuando las cadenas de la esclavitud se rompieron y los cautivos volvieron a pisar la tierra santa de Jerusalén, el profeta Ageo se acerca a las ruinas del templo salomónico y exhorta al pueblo a reedificar otro más suntuoso, pues será honrado con la presencia del libertador: «*El Deseado de las gentes vendrá y llenará esta casa de gloria*» (Ag 2, 8).

Hacia Él se dirigieron las miradas de todos los hombres y mujeres del Antiguo Testamento. Esta esperanza consoladora rompió las fronteras del pueblo elegido y se convirtió en el grito de una humanidad sedienta de salvación.

Ese Mesías anhelado es Jesús, el Cristo, que llega en brazos de su Madre Virgen.

Cada año, al acercarse el aniversario del nacimiento de Jesús, la Iglesia nos exhorta a preparar el alma porque Jesús quiere nacer en ella.

No seamos como Jerusalén la inconsciente, la ingrata, que pidiendo continuamente la venida del Mesías, cuando llegó a ella, lo arrojó de sí y lo crucificó, porque se había formado un concepto erróneo, muy materialista y mundano del Mesías.

Pidámosle a la Santísima Virgen María que nos lleve al encuentro de su Hijo, que abra nuestros ojos para que estimemos los bienes sobrenaturales que trae Jesús, para preparar y abrirle nuestro corazón y dejarle reinar en él.



El hijo pródigo (Murillo)

La misericordia de Dios

“PADRE MISERICORDIOSO
Y DIOS DE TODO CONSUELO” (2Co 1, 3)

*D*ichoso el que se consagra a María, habita dentro de María, vive día y noche en el alma de María. Desde Ella y con Ella vamos penetrando el misterio del Dios misericordioso: Padre, Hijo, Espíritu Santo, el Dios de la salvación.

La misericordia es el rasgo más destacado en el elogio que de Dios hace el *Magnificat*. A partir del entusiasmo con que María siente envuelta en grandeza divina su propia pequeñez, se eleva a contemplar al Dios poderoso y santo que la ha enaltecido: «*Su misericordia, por generaciones y generacio-*

nes, en favor de los que lo temen» (Lc 1, 50).

¿Qué significa que Dios es misericordioso?:

Contrariamente a la idea que algunos se han formado del Dios del Antiguo Testamento, es un Dios misericordioso más que justiciero: tal se reveló en el Pacto del Sinaí y cuando manifestó a Moi-

sés su gloria en el mismo monte: «*Yahveh, Yahveh, Dios misericordioso y compasivo, lento en la ira, rico en el amor fiel, que guarda amor inmutable hasta la milésima generación, que perdona ofensa, transgresión y pecado; aunque de ningún modo lo deja impune, castigando la falta de los padres en los hijos y en los hijos*

de los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Ex 34,6 s.). El amor de Dios es perpetuo; su justicia, en cambio, es temporal, pasajera.

Al definir la misericordia de Dios, los Libros del Antiguo Testamento usan sobre todo dos expresiones: *Hesed* y *Rahamin*.

Ante todo, está el término *hesed*, que indica una actitud profunda de «bondad». En relación con la alianza que Dios ha hecho con Israel, se manifiesta como amor que da, amor más fuerte que la traición, gracia más fuerte que el pecado. *Hesed* pone en evidencia los caracteres de la fidelidad hacia Sí mismo y de la responsabilidad del propio amor: «No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino más bien por el honor de mi nombre» (Ez 36, 22).

El segundo vocablo es *rahamim*. *Rahamin* (que hace referencia al regazo materno) denota el amor de la madre. Desde la unidad que liga a la madre con el niño, este amor es totalmente gratuito, no fruto de mérito, y bajo este aspecto constituye una necesidad interior: es una exigencia del corazón. Engendra una escala de sentimientos: bondad y ternura, paciencia

y comprensión: «¿Puede acaso una mujer olvidarse de su mamoncillo, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaría» (Is 49, 15).

La misericordia divina revela la palpitante imagen del amor de Dios que, en contacto con el mal y en particular, con el pecado del hombre y del pueblo, se



manifiesta como misericordia. Amor fiel a lo pactado y, al propio tiempo, amor que conmueve las entrañas, misericordioso. La misericordia es un atributo de Dios. Como lo es el de santidad (cf. Lev 19, 2). Al punto que el mandamiento de Dios se reduce a «ser misericordiosos como Dios es misericordioso en los cielos».

La misericordia de Dios, su amor para conmigo, es como el de un Padre-

Madre para su hijo. Nada ni nadie puede con este amor. Tomemos en serio a Dios. Tomemos en serio su misericordia. La misericordia, el amor comprometido, el amor de Padre de Dios, es la cosa más cierta que hay.

Convertirse:

Convertirse es solo decidirse a salir del campo de la propia autosuficiencia para trasladarse al campo de la misericordia de Dios y allí abrirse a sus inmensos deseos de hacernos bien. Convertirse es confesar, aceptar, reconocer la generosidad de Dios, su misericordia sin medida.

En Jesús, Dios proclama amnistía general: amnistía debida, no a mis méritos o esfuerzos, sino a que Dios es bueno y me quiere bien, gratis, espontáneamente.

Nuestra Señora nos lleva de la mano para cantar la misericordia de Dios por siempre. Ella nos quiere consagrados para siempre a ese Dios que es todo y pura misericordia: Como Ella engrandece, alaba, exalta, exulta, se goza profundamente en Dios, su Señor, su Salvador, quiere que comprendamos que para siempre, engrandeciendo a Dios, seremos felices, libres, hijos.



“Con María la alegría de Dios entra en el mundo”

(M. M^a Teresa De Simone)



1-2 Visitando a Nuestra Señora del Rosario de Fátima en Acopía y Oropesa (Cusco - Perú), 3-5 Inauguración del Museo de Fátima - Réplica de la Capilla de las Apariciones del Santuario de Fátima en Cusco (Perú), 6 Celebración de los Primeros Sábados de mes en Brasilia (Brasil), 7-8 Rosario Internacional y Jornada Virtual de preparación para el Adviento 2021 de la Red Didascalio y los niños del Ejército Blanco, 9-10 Celebración de la Solemnidad de la Inmaculada en Pomacanchi (Cusco - Perú), 11-12 Celebración de la Inmaculada en Acopía (Cusco - Perú).

Este Boletín se distribuye gratuitamente.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

